

CARTA AL ESTUDIANTE QUE HA LAPIDADO UNOS EDIFICIOS

ALBERTO LLERAS CAMARGO

PUBLICADA ORIGINALMENTE EN EL PERIÓDICO BOGOTANO *La Tarde*, edición del día 21 de abril de 1930, bajo el seudónimo de Ayllus, esta carta no solamente es un testimonio de la fina pluma de su autor sino una brillante argumentación contra la violencia de algunos universitarios de todos los tiempos. Fundador y director de la revista *Semana*, “una revista de hechos y gentes de Colombia y el mundo”, la tarea periodística de Alberto Lleras Camargo (1906-1990) se extendió entre 1925 y 1982 a buena parte de la prensa liberal de la capital del país: *El Liberal*, *La Tarde*, *El Independiente*, *El Tiempo* y *El Espectador*. Esta carta pertenece a los tiempos en que se iniciaba en la actividad política, cuando apenas el Partido Liberal saboreaba el mando ejecutivo de la Nación bajo la Administración Olaya, después de muchas décadas de destierro del poder. Sus cualidades le llevaron dos veces a la silla presidencial, en 1945 y en 1958, justamente en circunstancias de graves crisis políticas. El texto se ha tomado de la antología que Otto Morales Benítez recientemente publicó en Villegas Editores (tomo 2, 2006).

Estimable amigo:

He tenido conocimiento indirecto de que usted ha atacado nuestras oficinas rompiendo sus vidrios, más con el empuje de sus gritos que con la violencia de la lapidación. Más tarde, y el mismo día, pude observarlo en un grupo pequeño, agresivo e inocente que se paseaba por las calles, descargando su ira sin solemnidad sobre la sombra de los periodistas nocturnos que transitaban despreocupadamente a aquella hora. Y yo que he debido sentir indignación martirizada por la manera como correspondía usted a la afición intelectual que le tengo, sentí un turbulento regocijo que hoy me reprocho. Pero en aquel momento, metido entre esta ciudad de cemento y piedras antiguas, yo no veía los trastornos que con su actitud provocaba usted entre un grupo respetable de ciudadanos encanecidos en el magisterio, clásicamente iracundos y dueños de centenares de conocimientos y pequeños secretos que usted y yo ignoraremos por mucho tiempo. Yo veía apenas el cumplimiento de una regla de psicología que había tenido el

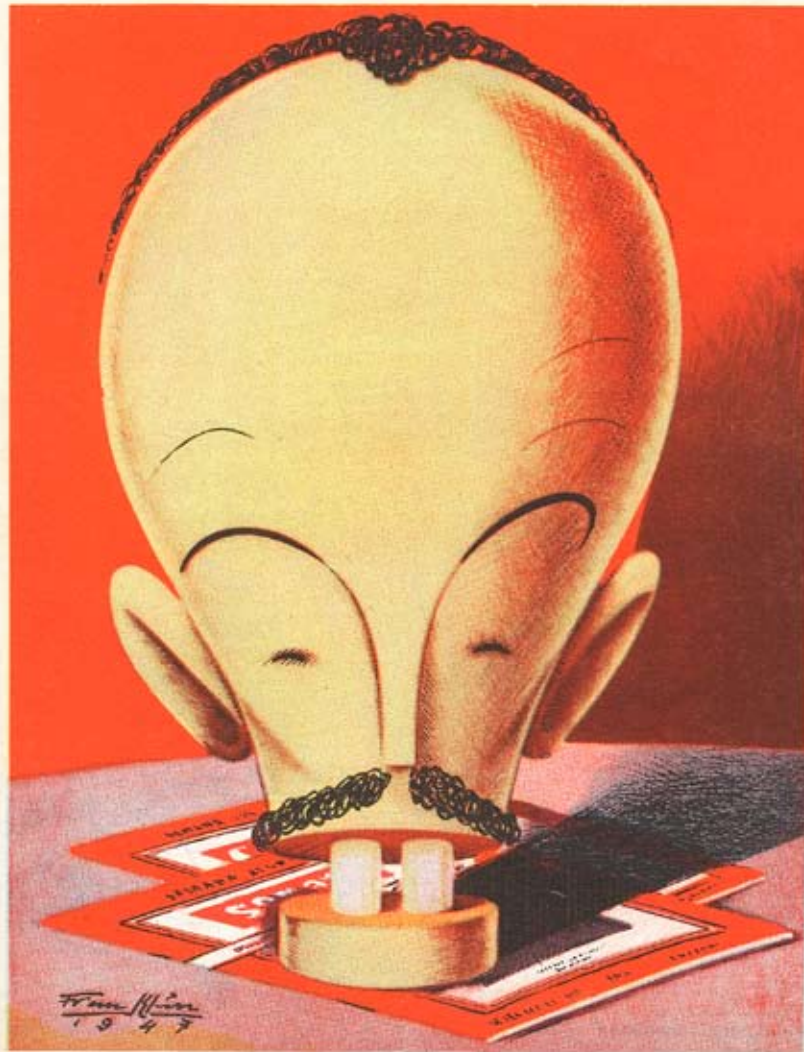
que estas líneas escriben la pretensión de ir aislando, con una paciencia curiosa. Y entonces me convencí más que nunca de que este país adolece de un defecto primordial, casi bárbaro en su sencillez, defecto que consiste en no tener una arquitectura interior que ordene nuestros actos, en ir creando simultáneamente con la realización la idea que va a realizarse.

A la mañana siguiente tuve oportunidad de hacer una excursión a nuestro medio trópico, que llenó de sol y de tranquilidad mis nervios abrumados por los adjetivos de traidor y otros tanto o más mordaces con que se me calificó en el pequeño grupo de revoltosos de boina. Usted perdonará esta disquisición casi íntima sobre la influencia del medio trópico aludido, en las ideas que quiero hacerle conocer. Pero he aquí que tendido bajo un cielo perforado por estrellas, como si estuviese bajo la gran tienda de un circo, me di cuenta de que los hombres de este país copiamos de la naturaleza nuestra, únicamente la parte externa, desorganizada en apariencia, resquebrajada, vehemente,

Semana del 17 de mayo de 1947

semana

UNA REVISTA DE HECHOS Y GENTES DE COLOMBIA Y DEL MUNDO



ALBERTO LLERAS

...blanco, terso, helado...

VOLUMEN II - No. 30

TARIFA POSTAL REDUCIDA - LIC. 1598

Precio \$ 0.20, (Avión \$ 0.25).

obra al parecer de una inspiración y no de una creación metódica. Debajo de todo aquel movimiento caliente que animaba la selva menuda de los tallos entre ese ruido provocado por toda la agitación fervorosa del bosque tropical, en ese murmullo cósmico que parecía venir desde el ritmo de los astros hasta la ondulación de las culebras táctas, yo descubría una conexión ordenada, una regla, un sistema, un método, un órgano, como lo hubiese llamado Aristóteles. La sensación de mi contacto con la tierra era limitada, profunda y arraigada.

En estos tres días en que los samaritanos y los fariseos buscaron su unión con lo eterno bajo la selva de piedra de las iglesias, yo conecté mi magro ser con el mundo de una manera tan saludable que amén del sol que me ha tostado el cuerpo de ladrillo y yodo, completé una pequeña filosofía tradicionalista y respetuosa que usted no ha tenido nunca, mi querido estudiante de alma insular y dislocada.

Nacemos en nuestra tierra en medio de una indolencia general, y la llegada de un nuevo ciudadano a Colombia apenas si trastorna domésticamente, sin llegar nunca a perturbar la marcha solemne de un estado descriptivo. Jamás a los tres días de nacido el nuevo homúnculo aparecerá por la casa olorosa aún a pañales y llena de vaguidos, un representante del Estado a tomar nota

Y así va creciendo el país, monstruosamente, impulsado por el instinto de las multitudes, mal enderezado por los conductores distraídos, creando industrias, agriculturas y filosofías para el minuto contemporáneo, sin una visión de continuidad, como si la nación fuese algo tan transitorio, frágil y menudo como la vida de un hombre.

de la adquisición humana que ha hecho en su grave inconsciencia. Crecerá el párvulo a tontas y locas, tropezando apenas su voluntad salvaje contra la cristalización sentimental de la familia. El Estado, indiferente a su crecimiento, como lo hubiera sido a su muerte, ya fuese víctima de una epidemia o de un fracaso de tráfico urbano, no vigilará porque al llegar a determinada edad tome hábito de ciudadano ciñéndose a una disciplina incipiente de lectura y escritura. Lo dejará seguir en su esmirriada vagancia, y se le importará una higa verde el que sea su cuerpo torcido, sarmentoso, endurecido de vértebras, o ágil y amenazante de fortaleza. El Estado no quiere atletas a su futuro servicio. Y tiene razón. Como institución, el Estado nuestro necesita únicamente oficinistas, y pareceríale crueldad anticristiana forjar un hombre griego para consumirlo en una ratonera burocrática. Seguirá así, y el adolescente, que si aprendió a leer hízolo más por castigos paternos o por voluntaria curiosidad, que por disciplina nacional, entrará a la primera enseñanza. Salto, sin menearla, tan grave etapa. Pero dejo la comprensión de todo el trastorno que ocasionara en un hombre que no es ciudadano porque no ha tenido ningún contacto con su nación, cualquier enseñanza de mala voluntad o de perversa y maleante doctrina. Y helo después en la universidad, a los dieciocho años, todavía virgen de relaciones con el Estado. Pagará sus matrículas, y con ellas el primer tributo a la Nación. Y luego, dejo también a su inteligente discurrir las consecuencias de la libertad sin límite, sin medida, sin traba alguna, que toma el hombre que se ciñe una boina en la cabeza acalorada y se emboza en capa salmantina para recorrer turbulentamente las calles donde a la noche se encienden unas luces de juerga dura, sin matices, de trancazos, chirlos y bronca.

Mientras tanto el Estado reposa bajo la nariz de algún gobernante. La estadística no desvelará el rumiar de sus metafísicas. Esa ciencia menuda y discreta que reduce a cifras todo el proceso evolutivo de

un pueblo, será desdeñada por el gramático, el abúlico o el necio que dirija los destinos de la república. Allí, en cuadros de precisión hubiese encontrado la manera de ejercer tutelaje directo sobre el estudiante, el profesor, el maestro rural, el zapatero, el hortelano, el agricultor, el mercader. Hubiese averiguado exactamente el número de niños sin conocimientos elementales. Hubiese sabido que la cavidad torácica del colombiano da un porcentaje de inválidos para los servicios de guerra o para los ejercicios de destreza muy superior, casi monstruosamente superior a la de todos los países de clima apacible. Hubiera vigilado, casi espiado diariamente la lucha de los hombres contra una naturaleza absorbente, cruel, desvencijadora. Hubiese sabido cómo cada día que transcurre, los genios maléficos de la selva van quebrando células humanas a su paso devastador, como grandes ejércitos de hunos. Y en un momento determinado, al dictar una ley o restringir una libertad, o favorecer una industria, o recobrar un derecho estatal hubiese obrado sobre un terreno firme, con un conocimiento minucioso del bloque humano sobre el cual gira su máquina poderosa y peligrosa, sin hacerlo, como ahora, sobre el vago dato de un censo aproximado de ocho millones de habitantes, en el cual se ignora si son ellos blancos, negros, rojos, amarillos, mulatos, cuarterones, o simplemente si hay en ese grupo de población más ancianos, mujeres y niños –signo de debilidad aparente y tradicional– que hombres maduros para el servicio de la república.

Eludió usted seguramente –me acuerdo al mentar esa palabra de servicio–, su única obligación con la patria, que hubiera consistido, de llevarla a cabo, en fraternizar con un centenar de mulatos y mestizos tristes en un cuartel mal aireado y en saludar con desgaire a los oficiales superiores del regimiento. Esa disciplina, que Sócrates encontraba saludable para formar al ciudadano, en otros países tiembla el espíritu en una serie de ideas sobrias, diminutas y sencillas, que no ofrecen resistencia, y que habría que

El árbol, el animal, la piedra, crecen al menos bajo una ley cósmica que los hombres de nuestro país violamos, gracias a la impetuosidad de nuestra inteligencia. Y cuando quebrantando las leyes de la naturaleza nos acumulamos en ciudades hediondas y tristes, o nos amontonamos en guaridas camperas.

llamar redondas por su capacidad para rodar entre las multitudes. Son ellas fervorosas, buenas y discretas. Si a mí no logran entusiasmar, comprendo que son ellas convenientes para formar una arquitectura general de pensamiento nacional. Y ya que no todos los ocho millones de ciudadanos de Colombia están en capacidad de poseer un sistema filosófico perfecto, ya sea el de santo Tomás o el materialista de los “cerdos de la pira de Epicuro”, convendría que ante determinados actos reaccionaran de una manera similar, para dar unidad a la nación. En Chile, en la Argentina, en Estados Unidos, en Francia, no son doctos todos los hombres, y aún me atrevería a juzgar que hay menos proporción de filósofos ambulantes que la que se encuentra en alguna de nuestras calles y mentideros. Pero, en cambio, por cualquier circunstancia, por cualquier espectáculo, por cualquier acto mínimo puede apreciarse que todos los hombres poseen un sentimiento que los conecta, que los traba y unifica para una acción ordenada.

Como usted no leerá dos párrafos más de esta carta, explicaré a usted cómo su acto de romper los vidrios de un diario, advirtiéndole que lo hace “sin distinción de colores políticos”, responde a ese criterio huidizo, frágil y lleno de recovecos que tenemos todos los colombianos. Si yo hubiese sido estudiante, si en lugar de andar buscando tradición a qué aferrarme, para sentirme prendido a

Allí estaba la moral del Estado, la ética de la colectividad pesando sobre mis hombros de cédula mínima, de ciudadano pequeño y aislado, que no podía perturbar a mi antojo la vida de los hombres con mi impertinencia, o mi descuido, o mi alegría, o mi dolor excesivos.

mi tierra, si en cambio de ahondar el suelo de mis muertos para echar en él una raíz que me sostenga, estuviera como usted en ese período agresivo de celo, diríamos así, en que se desconcierta el espíritu en la busca de la verdad por todos los senderos tapados, y en que la falta de una brújula mental torna en inquietud azarosa lo que hubiera sido marcha segura, habría venido también a gritar una indignación inconsciente ante las puertas de la prensa, que cumple con buena voluntad su deber de opinar todas las mañanas con más o menos consecuencia. ¡Qué quiere usted! La reforma universitaria por la cual venimos clamando desde los días en que ese hombre grande, membrudo y bueno de Germán Arciniegas movilizaba todas nuestras energías procurando encauzarlas hacia una sola dirección está en peligro de ahogarse entre el polvo que levantan los zapatos de corredores impetuosos, de atletas indisciplinados. Tornan contra un profesorado que está robando horas a una profesión mediocremente lucrativa, en proporción con el lucro internacional, todas sus vehemencias y sus iras. ¿Por qué no formar primero en asamblea plena, si se deduce, la fórmula democrática o en consejo hermético, si les place, la manera veneciana, un plan riguroso de reformas? Porque mi teoría psicológica se cumple, a pesar de ser mía, y muy a mi pesar, ya que me gusta conservar la teoría en el plano astral de lo no realizado. Porque la idea crece simul-

táneamente al acto, tal vez con un poco de retraso a la acción. Y así va creciendo el país, monstruosamente, impulsado por el instinto de las multitudes, mal enderezado por los conductores distraídos, creando industrias, agriculturas y filosofías para el minuto contemporáneo, sin una visión de continuidad, como si la nación fuese algo tan transitorio, frágil y menudo como la vida de un hombre.

¿Quién tiene la culpa de todo este caos creador? Indudablemente el Estado. Yo culpo directamente al Estado, mi querido amigo, de todo accidente imprevisto, de toda revolución, lo mismo que de la caída modesta de un ciudadano, que ha resbalado en una cáscara arbitrariamente tendida en el piso de las ciudades. La formación de Colombia, intelectualmente se sucede en el más organizado de los desbarajustes, y no podemos exigir cinco minutos de reflexión a un estudiante que considera que su libertad no debe tener límite, porque jamás lo tuvo por la parte donde debe limitarse: por la acción del Estado. Arcádicamente se resbala nuestra vida, inocente, como si la única misión que tuviéramos fuera la de permanecer en la tierra donde el destino tuvo la picardía de echarnos. El árbol, el animal, la piedra, crecen al menos bajo una ley cósmica que los hombres de nuestro país violamos, gracias a la impetuosidad de nuestra inteligencia. Y cuando quebrantando las leyes de la naturaleza nos acumulamos en ciudades hediondas y tristes, o nos amontonamos en guaridas camperas, no tenemos una regla del Estado que nos domine, nos vigile y nos violente. Tal vez mi espíritu sea gregario y sometido, pero nunca encontré mayor satisfacción que, al entrar en los países de tradición venerable y de orden moderno, ver por todas partes, en alemán, en inglés, en español, en todas las lenguas, el letrado que indicaba a mi paso que había alguien, algo reemplazando la misión pastoral de los dioses antiguos sobre los hombres con indicaciones perentorias de que estaba prohibido transitar por la izquierda, o salivar el suelo, o fumar, o gritar, o tirar guijarros

contra los vidrios de las casas. Allí estaba la moral del Estado, la ética de la colectividad pesando sobre mis hombros de cédula mínima, de ciudadano pequeño y aislado, que no podía perturbar a mi antojo la vida de los hombres con mi impertinencia, o mi descuido, o mi alegría, o mi dolor excesivos.

Ciudadano estudiante: someterse a una regla resulta difícil. Más fácil que crear una vida es destruirla en un antojo primitivo. Pero yo propondría a la consideración revolucionaria de los estudiantes mi tesis de traidor, que abandonó las filas de la destrucción sistemática por las del regimiento dócil. No se hacen revoluciones de estudiantes, ni de soldados, ni de civiles rompiendo la ordenación suave de los acontecimientos creados. Una revolución militar que degollara a todos los jefes para colocar a los sargentos en ese puesto jerárquico, tendría como consecuencia mediata el asesinato de los sargentos por los soldados. Una revolución civil que destruyera los principios legales llevaría a la dictadura o a la anarquía. En el fondo, cada cosa, cada hombre, cada ser tiene una regla prendida a su constitución, a su esencia, para emplear el término grato a la escolástica. Allí está la moral, en esa breve fórmula de líneas. Así lo comprende el hindú que establece el *dharma*. Obrar como periodistas en un consejo secreto, es inmoral como regla de caballerosidad y es moral y diestro como periodismo. Obrar como estudiante es por definición amor a la sabiduría, es decir filosofía. Cuando el estudiante quiere decidir de la suerte de una república, por el solo capricho de su juventud, habrá siempre espíritus conservadores que den la voz de alarma, y que los llamen a la disciplina de las aulas. El gesto del discípulo que se aira contra el profesor es noble hasta un momento, y tórnase torpe de cierto límite en adelante. Una sed de sabiduría que se hubiese justificado con un anhelo vehemente y sereno de transformación, llevado a la calle, bajo el cielo de las ágoras bulliciosas, y mezclado a intereses extrauniversitarios se vuelve para mi espíritu en un

Una revolución militar que degollara a todos los jefes para colocar a los sargentos en ese puesto jerárquico, tendría como consecuencia mediata el asesinato de los sargentos por los soldados. Una revolución civil que destruyera los principios legales llevaría a la dictadura o a la anarquía.

bullanguero espectáculo de falsa democracia. Y ¿cómo concebiría yo –el traidor a vuestras agitaciones– que la cabeza que quiere cultura, amplitud, aire diáfano entre los muros eruditos, fuera la misma que ordenaba el acto ruin de la lapidación a casas donde al menos, con buena voluntad si acaso no con pericia, se busca eso mismo por una ruta distinta pero no contradictoria?

Pero yo sé que usted no tiene ninguna responsabilidad en ese acto frívolo, que corresponde en los salones a la *gaffe* social. El Estado sí que la tiene. Mientras el deporte favorito del colombiano sea aporrear y zamarrear a los vigilantes del orden público, reírse en las barbas de una autoridad aterrada y confusa, jugar con todas las cosas venerables, y escapar, como contrabandistas, a la acción del Estado, es justo, es lógico y es perfectamente aceptable que usted tire piedras en las calles, en su calidad de estudiante. Lamento que sea usted el mismo muchacho de los días gloriosos de la nacionalidad, aquellos en que colaboró tan eficazmente al triunfo de ciertos conceptos. Y en lugar de creer que allí procedió usted con el mismo espíritu de bullanguería, yo respeto como consciente y determinada su actitud de entonces, y seguiré lamentando indefinidamente la que inauguró estos días santos con la lapidación de unos edificios.

Suyo afectísimo,
Allius

IN MEMORIAM

El doctor Ramón Pérez Mantilla nació en Bucaramanga en 1926 y se graduó en 1952 como abogado en la Facultad de Jurisprudencia del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Su tesis se tituló *Ensayo sobre los orígenes y la crisis del estado de derecho*. Contra este malogrado destino profesional fue profesor de filosofía por más de 25 años en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia. Estuvo casado con doña Carla Rossi y dejó un hijo. Hermano de Luisa e Ida Pérez Mantilla, fue hijo del médico Salvador Pérez Martínez y doña Ana Luisa Mantilla Labastida (Piedecuesta, 03.07.1887), quienes contrajeron matrimonio en Bucaramanga. Su madre era hija de don Marcelino Mantilla López, quien murió en Piedecuesta en 1920, y de doña Vicenta Labastida Ordoñez, a su vez hija del venezolano don Juan Bautista de Labastida Briceño y de doña María Blasina Ordoñez y Orbezo.

Infatigable lector, tradujo para los lectores de *Eco*, la revista de la *Cultura de Occidente* que en la Bogotá de la década de 1960 publicaba la Librería Buchholz, un selecto grupo de artículos originalmente escritos en alemán, francés e italiano. Tradujo primero el estudio de Thomas Mann sobre “La filosofía de Nietzsche a la luz de nuestra experiencia” (*Eco*, tomo 10/6, 1965) y el ensa-

yo de Italo Calvino sobre “La antítesis obrera” (*Eco*, tomo 10/6, 1965). Dos años después publicó el difícil ensayo de Martin Heidegger sobre “La tesis de Kant sobre el ser” (*Eco*, N°s 90 y 91, 1967) y el ensayo de Robert Musil “Sobre la estupidez” (*Eco*, N° 91, 1967). Continuó con la aproximación de Henri Broch a “James Joyce y la época actual” (*Eco*, N° 97, 1968) y la propuesta de P. Chiarini sobre “La interpretación marxista de Nietzsche” (*Eco*, Nos. 113-115, 1969).

En la entrega 113-115 (1969) de *Eco* tradujo el ensayo de Martin Heidegger sobre “La voluntad de potencia como arte” y el de F. Masini “Por una filosofía de los extremos”. En la revista del Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional de Colombia, titulada *Ideas y valores*, publicó sus traducciones de textos de Gianni Vattimo, “El problema del conocimiento histórico y la formación de la idea niezscheana de la verdad” (N° 35-37, 1970), y de Louis Althusser, “¿Es fácil ser marxista en filosofía?” (Nos. 42-45, 1975). Tornó a *Eco* (N° 195, 1978) para incluir sus traducciones de dos autores alemanes: la correspondencia de Hermann Hesse relativa a “El juego de abalorios” y el comentario de Hans Mayer sobre “El juego de abalorios de Hesse o el reencuentro”.

Sus traducciones de la lengua italiana fueron hechas en colaboración con Nicolás Suescún y versan sobre textos de